

verso biológico contemporáneo desempeñar el papel sustitutivo del cosmos bello griego, cuando para Aristóteles la belleza del cosmos está consolidada en razones de justicia, sin estar amenazada por ningún riesgo, mientras que en cambio para la biología moderna el equilibrio ecológico no es precisamente bello, ni justo (siendo el hombre su principal amenaza, debido principalmente a sus pretensiones desorbitadas de poseer la verdad)? ¿Se puede pretender seguir haciendo justicia con todas las posibles manifestaciones de la verdad ontológica en el ámbito ecológico, cuando simultáneamente las diversas verdades-adecuación alcanzadas por la biología resaltan más bien el carácter efímero y plenamente evolutivo de este tipo de principios, sin poder siquiera garantizar la persistencia de aquellas especies de seres vivos que al menos Aristóteles daba por definitivas?

Carlos Ortiz de Landázuri. Universidad de Navarra  
cortiz@unav.es

---

MARCHART, OLIVER

*El pensamiento político posfundacional. La diferencia política en Nancy, Lefort, Badiou y Laclau*, traducción de Marta Delfina Álvarez, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2009, 257 pp.

Fiel a su objetivo más general de analizar la distinción entre *la* política y *lo* político, el libro de Olivier Marchart presenta como una de sus características más interesantes la indagación en lo que el autor denomina “el pensamiento político posfundacional” a partir de dos niveles claramente distinguibles: por un lado, lo que podemos denominar una “ontología política de lo posfundacional”; y, por otro, un análisis más específico de las marcas de dicho pensamiento en las obras de Jean-Luc Nancy, Claude Lefort, Alain Badiou y Ernesto Laclau en particular, aunque también hayan referencias más generales a trabajos de Judith Butler, Jacques Derrida, Chantal Mouffe, Jacques Rancière y Slavoj Žižek entre muchos otros autores que son mencionados.

Mientras que el núcleo del aporte conceptual del libro se en-

cuentra en el primero de los dos niveles de análisis mencionados, en el segundo se nos hace visible cómo dicho aporte funciona también como clave hermenéutica para la lectura del pensamiento político contemporáneo en general. En este sentido, el libro de Marchart no sólo posee un completo índice de referencias bibliográficas que puede funcionar como un mapa para proseguir indagando en la temática propuesta, sino que además aporta una consistente clave de lectura para su abordaje.

La ontología de lo posfundacional es abordada específicamente en las primeras ochenta y seis páginas, a lo largo de la introducción y las primeras dos secciones del libro. Sin embargo, el resto del libro no es sencillamente la aplicación automática de las categorías presentadas en la primera parte, sino que junto con la indagación en las obras de los distintos pensadores aparecen variaciones, límites, problemas y relaciones con otros autores que enriquecen la ontología política propuesta por Marchart. Así pues, al igual que la relación conflictiva y asimétrica que éste postula entre *la* política y *lo* político, también la relación entre los dos niveles de análisis presentes en el libro se nutre de discontinuidades y fracturas que iluminan cuáles son los aportes originales, tanto de Marchart como del resto de los autores abordados.

La ontología política propuesta por Marchart se sostiene sobre dos grandes ejes que son mantenidos en el abordaje de cada uno de los autores, a saber: primero, la caracterización de lo posfundacional como diferente de lo fundacional y de lo antifundacional; y segundo, la ya mencionada diferencia entre *lo* político y *la* política, entendida como la encarnación de la diferencia ontológica postulada por Heidegger aplicada ahora en el marco del pensamiento político.

En lo que refiere al primero de estos ejes de análisis, lo posfundacional es presentado por el autor no como la simple afirmación de la ausencia de fundamentos propia del posmodernismo, sino como “la imposibilidad de un fundamento *último* [...] [que] implica la creciente conciencia, por un lado, de la contingencia y, por el otro, de lo político como el momento de un fundar parcial y, en definitiva, siempre fallido” (p. 15). Lejos entonces de ser la simple afirmación de una ausencia de fundamentos, Marchart defiende una concepción de lo posfundacional entendido como “el juego inter-

minable entre el fundamento y el abismo” (*ibidem*). Ahora bien, este juego entre el fundamento y el abismo se encuentra atravesado por “la *división*, la *discordia* y el *antagonismo*” (*ibidem*) y acarrea la necesidad de una decisión imposibilitada de encontrar sostén en un fundamento último. La idea que subyace al juego entre el fundamento y el abismo y a la caracterización de dicho juego en términos de antagonismo, refiere a la imposibilidad de cierre sobre sí del pensamiento político al mismo tiempo que determina a la política como contingencia y apertura a la diferencia.

Esto nos lleva al segundo eje de análisis postulado, puesto que lo posfundacional —entendido como el juego discordante y antagónico entre el fundamento y el abismo, o entre lo óntico y lo ontológico— se manifiesta en el ámbito del pensamiento político bajo la forma de la diferencia irresoluble entre *la* política y *lo* político. Así pues, sostenido sobre la diferencia ontológica heideggeriana, el pensamiento político posfundacional se encuentra imposibilitado de decisiones últimas y, por ende, de una adecuación total entre el ser y el ente, pero también entre lo que es y lo que debe ser, entre lo político como lucha y antagonismo y la política como los intentos siempre contingentes de evitar el conflicto. En este contexto, Marchart caracteriza *lo* político como aquella dimensión del conflicto que no puede ser capturada por los dispositivos de *la* política, y que por ende permanece siempre latente pudiendo ser reactivada en cualquier momento. La emergencia de lo político adquiere así el matiz de un acontecimiento, estado de excepción que hace visible a la política en su contingencia.

Puesto que Marchart parte de considerar al pensamiento político posfundacional como una deriva política de las consideraciones heideggerianas acerca de la diferencia ontológica, su análisis posterior, y más específico, se centra en lo que el autor denomina “heideggerianismo de izquierda”. Probablemente sea en dicha etiqueta, utilizada en un sentido demasiado abarcador y que tiende a disimular diferencias sustanciales entre los distintos autores a los que Marchart se refiere con ella, donde resida una de las falencias más importantes del libro. En efecto, el libro deja la impresión de que para ser heideggeriano de izquierda basta con aceptar, ya sea explícita o implícitamente, incluso solapada o hasta como consecuencia inde-

seada, los dos ejes postulados por Marchart, esto es: la imposibilidad de un fundamento último —con su consecuente juego entre abismo y fundamento y la necesidad de decisión— y la postulación de una diferencia esencial entre *la* política y *lo* político. Pero además de esta generalidad en el intento de definir el pensamiento heideggeriano, y como contrapartida, la utilización de la denominación “heideggerianismo de izquierda” por parte de Marchart implica a su vez la atribución de una teoría de la decisión, enmarcada en la estela de Carl Schmitt, a la obra de Heidegger. Esta lectura decisional de Heidegger implica una mezcla no del todo clara entre las consideraciones acerca de la decisión del primer Heidegger —manifiestas especialmente en *Ser y Tiempo*, libro que Marchart no menciona— y la elucidación de la diferencia ontológica del segundo Heidegger.

Sin embargo, tanto ésta como otras críticas que se le puedan dirigir al libro, ya sea por sus generalizaciones, problemas o límites, no empañan la clave hermenéutica propuesta por Marchart como su principal aporte. Ésta hace posible la interpretación y comprensión de gran parte del pensamiento político contemporáneo al mismo tiempo que permite la deconstrucción de toda comprensión de la política sostenida sobre un fundamento último. De esta manera, el aporte de Marchart no reside sólo en introducirnos en la obra de autores contemporáneos fundamentales, sino que encarna una *praxis* política en sí mismo, al elucidar la necesaria dimensión de contingencia presente en cualquier comprensión de la política. Elucidación de la contingencia que se propone una democratización de la política, a partir de entender a esta última como imposibilitada de cerrarse sobre sí misma y, por ende, como siendo necesariamente plural y siempre abierta a la diferencia.

Hernán J. Candiloro. CONICET – Universidad de Buenos Aires  
hernancandiloro@hotmail.com